

¿POR QUE EL GRUPO EN LA PSICOLOGIA SOCIAL?

Dra. Mara Fuentes Avila, Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.

RESUMEN

En el trabajo se presentan unas reflexiones teóricas en relación con la idea de que el grupo, entendido como un lugar de mediación y a la vez, como un privilegiado espacio de construcción y expresión de la subjetividad, resulta ser un ámbito psicosocial en y a través del cual se construye la subjetividad individual y colectiva, presentándose las bases psicológicas de este proceso. En el trabajo también se hacen una serie de recomendaciones con el objetivo de perfeccionar el trabajo profesional y el impacto social de la Psicología Social como disciplina.

ABSTRACT

The paper outline the idea that groups, understood as a place of mediation and, at the same time, a place of construction and expression of the subjectiveness become a very special psychological space for the construction of personal and collective subjectiveness. The psychological basis of this process is characterized and also the paper provides a number of recommendations in order to increase the professional profile of social psychology as a discipline.

INTRODUCCION

La pertenencia del hombre a una determinada sociedad no presupone la existencia de una determinación automática, simplificada, rectilínea de su conciencia individual. Teniendo en cuenta su vida y vivencias inmediatas, la vida de cada hombre transcurre a lo largo de un recorrido vital por diferentes grupos e instituciones y en contextos sociales específicos (Fuentes, 1990).

Este proceso lo entiendo en una permanente relación instituido-instituyente que desborda el marco grupal hasta llegar a las instituciones que los contienen donde simultánea y permanente-mente se van reproduciendo mecanismos de perpetuación y, a la vez, mecanismos transfor-madores en la medida en que las fuerzas instituyentes se abren camino en las grietas de lo instituido (Martín-Baró, 1989).

La acción de los grupos institucionalizados sobre sus miembros puede ser armónica o asimétrica en la medida en que el conjunto de ellas funcione como un sistema coordinado donde se concrete, dadas sus singularidades y desde su particular, un proyecto social común, o como un conglomerado, donde cada una actúa como un todo que se consume a sí mismo, siendo por lo tanto, imperfecto.

De lo anteriormente expuesto, podemos derivar el hecho de que los psicólogos estamos frente a la tarea de contribuir a perfeccionar los mecanismos a través de los cuales se favorece la relación de correspondencia entre el proyecto social y el proyecto individual ya que parto de la consideración teórica de que no hay proyecto social que pueda ser alcanzado ni llevado a vías de éxito si los hombres, que son los encargados de ejecutarlos, no lo incorporan, en diferentes medidas, a sus proyectos individuales de vida (Fuentes, 1993 b).

¿Cómo lograrlos? Es inevitable asociar estas preguntas al grupo entendido como un lugar de mediación y a la vez, como un espacio de

construcción y desarrollo de la subjetividad y por lo tanto como un privilegiado espacio socializador en el cual cada ciudadano recibe una particular influencia social y donde, a la vez, devuelve su reflejo particular de la misma.

La comprensión de este proceso demanda el establecimiento de una serie de concepciones teóricas y derivaciones metodológicas que pasan, inevitable-mente por un análisis multideterminado de la relación subjetividad-grupalidad y su inserción en un ambiente socio-político determinado.

La fuerza y potencialidad del individuo, el grupo y la sociedad será aprehendida en su real dimensión si entendemos que constituyen tres polos de una relación dialéctica que les permite una permanente intercambio en y a través del cual se actualizarán las relaciones de influencia e interinfluencia que potencian.

La subjetividad, entendida como una construcción particular que se erige como producto de una permanente interpenetración de lo individual, lo grupal y lo social debe ser hoy, más que nunca, punto de partida y referente permanente en el trabajo de la Psicología en particular y de las Ciencias Sociales en general.

EL ESPACIO GRUPAL

¿Cuáles son los factores facilitadores del desarrollo de los grupos humanos y del ejercicio de sus posibilidades de influencia? ¿Cómo hacer para lograr una alta integración del individuo a su grupo y obtener una grupalidad potenciadora del efecto grupal?

Son estos, algunos de los problemas a los que los Psicólogos Sociales que trabajamos el ámbito grupal debemos dar respuesta.

Los grupos no son lo grupal. Por eso, en nuestro enfoque, diferenciamos la comprensión del grupo como contexto, del espacio grupal, tratando de

diferenciar un enfoque de trabajo tradicional *en el grupo* con una lectura de lo grupal en una mirada fluctuante entre diversos niveles de análisis y una articulación de diversos códigos. Nuestra preocupación es, por lo tanto, más epistémica que óptica.

El grupo pues, se va delineando como un proceso más amplio que la mera reunión de individuos. Desde su dinámica, se torna en un espacio donde se transforman paulatinamente las relaciones y los vínculos de los participantes; como un lugar de intersección de los primeros.

Este nuevo producto o estructura imaginaria genera sus propias leyes de organización y determina el funcionamiento grupal ajeno a la voluntad de sus miembros vistos como individualidades atomizadas.

Pero no se debe olvidar que este sistema de relaciones que sintetizan la confluencia de múltiples depositaciones individuales conlleva también representaciones sociales de la historia cultural de cada integrante, elementos propios de la institución que enmarca al grupo y/o determinaciones históricas del momento y condiciones en que se gesta y mantiene el grupo.

Es decir, el grupo es también un lugar por donde se filtra lo ideológico ya que es un producto y un espacio permeable a las representaciones de cada individuo (modelos, ideales) y a las determinaciones del contexto social en el que se encuentra insertado.

La creación del espacio grupal se posibilita desde una permanente interpretación de lo social, lo grupal y lo individual; resultando un lugar operativo de transformación que se erige desde el vínculo intersubjetivo.

Veamos con más detenimiento este proceso.

Todo grupo se constituye con el objetivo de desarrollar determinadas actividades que, desde sus especificidades concretas, requieren de la acción conjunta, coordinada y cuyo valor social objetivo se adquiere en dependencia de la contribución que realice a un determinado proyecto económico, social, político, artístico, cultural, deportivo, entre otros.

En este enfoque, ubicamos la categoría *actividad* como el núcleo, el eje sobre el cual se van constituyendo todos los procesos dinámicos en los grupos pequeños. Esto no significa que estemos conceptualizando la actividad desde sus requerimientos físicos y sus exigencias sobre el sujeto y el grupo en su conjunto; sino, fundamentalmente, desde su expresión psicológica lo cual supone su transformación de una forma de objetividad real en una forma de subjetividad.

Sin embargo, hablar de actividad conjunta realizada por un número de personas en acciones coordinadas no presupone, en puridad científica, la existencia de una comunidad psicológica. Es menester pues, comprender que al hablar de actividad, nos estamos refiriendo al momento objetivo de la acción conjunta, pero que la

emergencia de lo **psicológico** es una consecuencia de la construcción de dos niveles de apropiación de esa actividad:

a) una apropiación subjetivo-individual, que ocurre cuando la actividad se convierte para el sujeto en tareas específicas que adquieren un cierto sentido personal y se incluyen en determinada organización de su proyecto individual de vida;

b) una apropiación subjetivo grupal, que ocurre como consecuencia de la construcción de una meta compartida que es visualizada por la membresía como el "para que" de lo que se está haciendo y se incluye, desde esta saliencia, en cada proyecto individual, en una perspectiva de aspectos compartidos con otros con los cuales, a partir de esta pertenencia, nos identificamos.

La relación actividad-tarea-meta, como un continuum de desarrollo a través del cual la actividad, como momento objetivo, se torna en momentos subjetivos sucesivos, en el nivel individual y grupal, resulta ser el punto de partida de nuestra comprensión del problema de la construcción de la grupalidad, la subjetividad colectiva y la identidad.

En nuestro enfoque, adjudicamos al proceso de **cohesión** y de **influencia** el papel rector en la adquisición que haga el grupo de una capacidad sociopsicológica para potenciar su presencia y efecto de conjunto y construir, desde su interno, individualidades que contengan y reproduzcan, desde lo particular de cada subjetividad, los aspectos valorativos de su grupal y social más general.

Nuestras investigaciones acerca de la influencia grupal realizadas con grupos reales en condiciones naturales, pusieron en evidencia que el proceso se estructura a partir de las peculiaridades de la actividad conjunta en el sentido del tipo de interacción que promueve y el significado personal que adquiere para el sujeto y desde la articulación que resulte entre las metas grupales, las necesidades individuales y los motivos de pertenencia y permanencia. (Fuentes, 1993 a)

Lógicamente, esto que acabo de explicar no puede ser entendido, en modo alguno, como un proceso con un carácter automático ni simplista; en el que pudiera parecer que todo aparece predeterminado no ya desde la actividad, sino desde el tipo de interacción que promueve. Lo que estoy tratando de fundamentar es una lógica teórica que apunta a una regulación en la que quiero subrayar, por lo menos hasta lo aquí dicho, que el fenómeno de la influencia se va gestando desde aspectos organizativos y estructurales los que, inevitablemente, atraviesan sistemas de vínculos interpersonales y estados psicológicos más o menos estables.

Las actividades que se realizan, al satisfacer necesidades individuales de la membresía, se vinculan con el sujeto como motivo de pertenencia al

grupo en sus primeros momentos y de permanencia en el mismo a lo largo de su existencia.

De lo dicho hasta aquí, la idea fundamental que quiero subrayar es que de la articulación que resulte entre la meta grupal (las cuales movilizan la actividad conjunta de sus miembros y resultan, a la vez, intrínsecas al grupo en el sentido de que son alcanzables solo desde el propio grupo), las necesidades individuales y los motivos de pertenencia y permanencia, el grupo como tal puede tornarse en motivo para la satisfacción de las necesidades de sus miembros, pues sólo **en y a través** del grupo, la membresía comprende que puede satisfacer determinadas necesidades que les resultan de relevancia y significación.

Es imaginable pues, a partir del análisis de estas características, el alto valor que como referente conductual y valorativo adquiere el grupo al actuar como motivo para sus miembros, posibilitando, en este sentido, el ejercicio de un alto nivel de influencia sobre su membresía.

Sin embargo, a pesar de que todos los grupos (formales e informales) tienen esta capacidad potencial, no siempre esta posibilidad se torna realidad bajo condiciones espontáneas.

¿Qué es lo que falla? Pretender que la acción grupal se produzca de manera automática sólo por existir la actividad conjunta, coordinada, e inclusive, pensar que los grupos que realicen actividades de alto valor social automáticamente tendrán que funcionar bien, es ignorar que las particularidades de la dinámica grupal van a estar afectadas no directamente por la significación social de la actividad, sino por el reflejo particular que dicha actividad tiene para el grupo en su conjunto.

De aquí derivamos la concepción de que las posibilidades de influencia de la actividad van a estar mediatizadas por las particularidades de los procesos de organización y dinámica grupal.

¿Qué consecuencias, en el orden práctico, tiene este principio?

Desde mi punto de vista, la consecuencia fundamental está asociada al hecho de que no basta concebir desde "fuera" del grupo un buen número de actividades con un alto valor intrínseco para que sean desarrolladas por el grupo y suponer que el propio valor de la actividad garantizará la eficiencia del trabajo grupal.

Es necesario tomar en consideración que cada actividad "pasará" por un determinado grupo que poseerá una determinada dinámica a través de la cual la actividad será comprendida, asimilada y ejecutada; y que, como consecuencia del grado y particularidades de su comprensión y asimilación, la ejecución tendrá en mayor o menor medida un carácter formal y estereotipado. Como consecuencia, la acción de la actividad se constatará solamente en la conducta inmediatamente observable, no obteniéndose, necesariamente, por este hecho una influencia real en los valores más estables de la personalidad.

Un proyecto social debe expresarse en las diferentes instancias y ámbitos en que se nos hace tangible la sociedad y llegar al individuo a través de los sistemas valorativos instituido/instituyente. Este proceso de apropiación individual de un social más general ocurre desde la interpenetración de lo individual, lo grupal y lo social; actuando aquí el grupo como dispositivo mediador a través del cual el proyecto social se transforma singularmente en dos niveles simultáneos; el grupal y el individual "desapareciendo" para el individuo en tanto entelequia supra individual para convertirse en un sistema de actitudes y valores que actualizan y orientan la conducta individual.

En este proceso transformador, el grupo es entendido como dispositivo sociopsicológico con un carácter no meramente conceptual sino como un espacio que no es una realidad cerrada sino una construcción sociopsicológica que actúa y se hace visible desde las particularidades de su dinámica.

Me quedaría ahora por aclarar desde que suerte de articulación el grupo construye un espacio sociopsicológico tal, que posibilita que el escenario grupal se torne en un lugar de transformaciones individuales, en un espacio donde nos introducimos en el camino de hacernos sujetos sociales y, a la vez, donde vivenciamos la experiencia más rica y fundamental de nuestro yo: la sensación de ser uno mismo. (Fernández, 1989)

Esta interrogante nos conduce al problema de la cohesión grupal, la cual entiendo como expresión singular de la integración afectiva, valorativa y funcional que alcance la membresía al interno del grupo lo que condiciona la complejidad estructural y funcional de este fenómeno.

La construcción que hace cada grupo de su cohesión, ocurre simultáneamente al proceso de desarrollo individual como consecuencia de la inserción particular que hace cada individuo al grupo y de concientización de una pertenencia específica a su interno.

Este proceso, desde mi punto de vista, se articula desde el vínculo particular que establece cada sujeto con la tarea grupal como consecuencia del sentido personal que adquiere para cada individuo en su relación con el sistema de necesidades personales y su carácter de motivo de pertenencia al grupo y/o permanencia en el mismo.

Y he aquí que, como resultado, la integración de la membresía puede ser producto, bien de un sistema de relaciones interpersonales basadas fundamentalmente en lo interindividual que se construye **durante** la actividad conjunta al estar pobremente condicionada por el contenido de la misma; o bien, de un sistema integrado de vínculos interpersonales que se construye **desde** la actividad conjunta al estar fuertemente condicionado por el carácter de la relación particular que establece cada sujeto con la tarea grupal a partir de la cual deriva el lugar que le concede a los "otros" en el espacio grupal que comparten.

Como puede observarse, en nuestro enfoque estamos considerando la existencia de una permanente interpenetración del nivel personal, el interindividual y el grupal; lo que nos aleja del error mecanicista en el que, a fuerza de subrayar la importancia de lo grupal, este proceso resulte ser cómplice de una concepción en que se establezca una relación de contraposición entre el individuo y el grupo.

El desarrollo de la grupalidad no ocurre, ni debe ser entendido, a despecho del desarrollo de la individualidad.

Lo grupal se estructura desde la presencia y participación de los miembros del grupo quienes teniendo como base la actividad conjunta entretejen un sistema de vínculos interpersonales que no puede ser entendido como una simple reproducción de cada individualidad; sino como portador de un "individual" redimensionado desde su ubicación física y presencia psicológica en un contexto grupal específico.

La cohesión grupal es pues, el proceso que al interno del grupo produce una interpenetración de lo individual y lo grupal y resulta ser, tal como lo entiendo, el punto de partida en el estudio de los procesos de organización y dinámica del grupo y la base sobre la cual emerge el espacio grupal y se erige la grupalidad como construcción particular de este proceso.

La grupalidad debe entenderse como una emergencia totalizadora de sujetos en el que el otro existe para todos y cada uno, y no necesariamente de forma directa y personal sino como representante de lo humano, semejante y diferente a la vez.

La emergencia de la grupalidad no debe ser entendida como un proceso que ocurre a despecho del desarrollo de la individualidad. Tratar de establecer una relación de contraposición entre el individuo y el grupo, así como entre el individuo y la sociedad, es inevitable consecuencia de abordar el tema desde un enfoque mecanicista.

Hasta ahora, pareciera que estuviésemos hablando exclusivamente de la génesis de lo grupal; nos faltaría, entonces, adentrarnos en los procesos que convierten lo grupal en espacio de transformación: **el proceso de desarrollo grupal**.

Los grupos sociales, al constituirse con el objetivo de realizar determinadas actividades y alcanzar metas específicas desarrollan procesos de organización y dinámica interna que les posibilita tanto el mantener un estado de equilibrio interno que garantice su existencia, como su propio movimiento hacia estadios superiores de desarrollo.

El desarrollo alcanzado por un grupo es una consecuencia de la singularidad que adquiere, para cada grupo, la presencia e interacción de un conjunto de factores sociopsicológicos que tienen incidencia determinada, puntual en atención al carácter y tipo de actividad que el grupo realice y, lo que es más importante, a la valoración que hace la membresía del efecto social que esta actividad proyecta.

El desarrollo de un grupo es un proceso natural, consustancial con la propia existencia del grupo y se reflejará en las potencialidades concretas que adquiera éste, tanto para la realización exitosa de su actividad conjunta como en sus posibilidades de ejercer influencia en la formación y desarrollo de la subjetividad de sus miembros.

Siendo como es, un proceso concomitante a la propia existencia del grupo, el desarrollo grupal es constante y se expresa en la adquisición, por parte del grupo, de cualidades sociopsicológicas que le permiten funcionar de manera diferente como estructura social en el marco de un contexto social determinado.

Sin embargo, la idea del desarrollo permanente no nos puede atrapar en la fantasía de pensar que todos los grupos humanos que no fuesen de reciente formación, poseerían un buen nivel de desarrollo y tendrían, por lo tanto, que funcionar bien, garantizando la satisfacción de pertenencia en su membresía, así como la eficiencia en la ejecución de sus tareas. Todos sabemos que esto no es así. Nuestra propia experiencia quizás nos bastaría para suponer que probablemente sean más los grupos que funcionen mal que los que funcionan bien.

¿Qué relación puede guardar esta evidencia empírica con la idea de que el desarrollo grupal es permanente?

En todo grupo, permanentemente se están actualizando procesos dinámicos con arreglo a las peculiaridades de su intercambio con el medio ambiente en el cual está insertado, sus particularidades estructurales y funcionales y el carácter de las relaciones interpersonales entre sus miembros. Esto supone que cada grupo:

- Refleja de manera particular las características del contexto social en el que se desempeña.
- Posee recursos adaptativos que le permite ajustarse a las exigencias del medio ambiente y desenvolverse funcional y emotivamente.

Estas posibilidades de los grupos pequeños les permiten obtener una inserción particular en contextos sociales específicos sin que, necesariamente, en sus estructuras internas y externas se produzcan cambios cualitativos tales que potencien su tránsito a un estadio posterior de desarrollo.

Se hace necesario pues, distinguir entre lo que significa y las consecuencias que implica que el grupo ajuste y adapte activamente sus procesos de organización y dinámica y lo que significa y las consecuencias que supone que el grupo, como resultado de ese proceso permanente llegue a adquirir cualidades sociopsicológicas, tales que lo transformen cualitativamente tanto en su desempeño con respecto a la tarea como en su efecto sociopsicológico sobre sus miembros, otros individuos y grupos y la sociedad en su conjunto.

Este hecho nos permite hipotetizar que el grupo puede, en condiciones de desarrollo espontáneo, permanecer en un nivel determinado durante toda su

existencia e inclusive, ante determinadas condiciones y circunstancias, involucionar su desarrollo.

Todo grupo, a partir de determinadas condiciones objetivas y subjetivas entre las que se encuentran el carácter y tipo de actividad que realiza y la composición de su membresía tiene un tope de desarrollo a alcanzar en condiciones de desarrollo espontáneo, natural, no dirigido.

Esta circunstancia nos permite suponer que una buena parte de los grupos reales que existen están trabajando a un nivel inferior de sus potencialidades y, por lo tanto, su rendimiento, entendido este, tanto en términos de resultados de la tarea como en efecto sociopsicológico sobre su membresía, se encuentra por debajo de lo que el grupo es realmente capaz de brindar como célula sociopsicológica responsabilizada con una determinada actividad donde se concretiza un determinado proyecto.

Los resultados alcanzados en nuestras investigaciones (Fuentes, 1993) me permiten hipotetizar que, en condiciones de desarrollo espontáneo, el carácter y tipo de actividad que el grupo realiza y, asociado a ella, la valoración que hace la membresía de la relevancia de su contenido así como de los requerimientos de interacción que supone la realización de las tareas que se le asocian, resulta ser la fuerza impulsora o detenedora del desarrollo grupal.

Nuestros resultados pusieron en evidencia que la actividad, como fuerza impulsora natural en el desarrollo grupal actúa fundamentalmente en las primeras etapas, hasta alcanzar niveles medios, pero no resulta ser una fuerza suficientemente potente para *empujar* al grupo hacia estadios superiores. Pareciera entonces, que la adquisición de altos niveles de desarrollo es poco probable en condiciones de desarrollo espontáneo aún en el caso de que el grupo haya sido convocado para la realización de actividades a las que se adjudique una alta valoración. Esto supone la necesidad de elaborar programas de intervención sociopsicológica con el objetivo de potenciar, acelerar y/o corregir el desarrollo grupal, así como para hacer pronósticos acerca del trabajo conjunto.

En esta concepción del desarrollo grupal se ponen los acentos en el hecho de que las expresiones concretas que asumen los procesos de organización y dinámica al interno de los grupos no son consecuencia de un movimiento autodeterminado sino el resultado de una integración grupo-contexto social más inmediato, mucho más compleja en la que, a través de un intercambio singular e irrepetible con el medio ambiente, el grupo es capaz de asimilar, en gradaciones diferentes, las peculiaridades de la sociedad en la cual se encuentra insertado y a la cual en mayor o menor medida refleja; ya que como dice E. Pavlovsky el grupo es hablado por el argumento del drama social (Fernández, 1999).

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Quisiera por último, detenerme en un aspecto que considero de vital importancia para el futuro de la Psicología Social, y como consecuencia, para sus posibilidades de contribución al desarrollo nacional: su desarrollo como profesión.

El *para qué* de una ciencia, que entiendo como parte de su orientación ideológica, se materializa en el desarrollo de un ejercicio profesional concreto que permanentemente se vaya perfeccionando a través de la utilización del dato científico. Toda ciencia que no exprese su desarrollo en una práctica profesional concreta ni exhiba resultados propios de su implementación, corre el riesgo de, entretenida en su autodeleite, minimizar su enriquecimiento y el efecto de sus potencialidades.

Este ejercicio profesional debe potenciar las posibilidades de la Psicología Social en la explicación de comportamientos individuales y colectivos en el marco de contextos sociales específicos e incrementar la realización de pronósticos a partir de dichos resultados.

Este trabajo debe realizarse a partir de un enfoque que posibilite derivar construcciones teóricas y metodológicas que permitan enriquecer los fundamentos teóricos de nuestra disciplina y, al mismo tiempo, penetrar en la esencia que en las condiciones de cada realidad adquiera el fenómeno socio-psicológico. Esto permitirá redimensionar el cuerpo teórico y metodológico de partida, con lo cual se alcanza un permanente enriquecimiento de sus postulados. El regreso a la teoría, después de una confrontación con la realidad de un contexto social específico, tiene un valor insustituible pues va sentando las bases para la elaboración de una psicología nacional, y a la vez latinoamericana que será, a la larga, el único antídoto para el deslumbramiento contagioso con todo lo ajeno.

En resumen, pienso que la Psicología Social, teniendo como base la necesaria unidad del proceso del conocimiento, la investigación científica y la práctica, podrá convertirse en un importante instrumento de trabajo en el desarrollo social al contribuir a perfeccionar el proceso de inserción e interacción del hombre en la sociedad vista como un todo, así como en los diferentes contextos sociales en los que de manera inmediata transcurre la vida de cada individuo (Casañas, Fuentes, Sorín, Ojalvo, 1983).

En este sentido, nuestra disciplina posibilitará ayudar a concretizar las vías a través de las cuales se logrará lo que, desde mi punto de vista, debe ser el gran propósito de las Ciencias Sociales en la actualidad: **contribuir a lograr que el hombre sea mejor como individualidad en la medida en que su contribución social sea mayor.**

¿Cómo llevarlo a vías efectivas de hecho? Probablemente el lector está pensando en varias alternativas; yo apuesto por el dispositivo grupal como espacio para estimular la articulación entre el

crecimiento individual y colectivo, pues soy de las que piensan que:

"...el crecer tiene tal fuerza, que por mucho que se intente, detenerlo es imposible e impedirlo...imprudente".

REFERENCIAS

- CASAÑAS, A; M FUENTES; M. SORÍN y V. OJALVO (1983): "Estado actual y perspectivas de desarrollo de la Psicología Social en Cuba". *Revista Cubana de Psicología*, 1(1): 17-53.
- FERNANDEZ, A.M. (1989): *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Buenos Aires, Visión.
- FUENTES, M. (1990): "La relación individuo-sociedad: un enfoque marxista". En Jiménez-Domínguez B. (coord.) *Aportes críticos a la Psicología en Latinoamérica*, Guadalajara, Ed. U. de G.
- FUENTES, M. (1993a): *Psicología Social del Grupo. Investigación y Desarrollo de Teorías*, México, Ed. Universidad Autónoma de Puebla.
- _____ (1993b): *Proyecto Individual y Proyecto Social: dos momentos de una relación ¿armónica o asimétrica?* Ponencia presentada en el Simposium *Contribución de la Psicología al desarrollo nacional*. XXIV Congreso Interamericano de Psicología, Santiago de Chile.
- MARTIN-BARÓ, I. (1989): *Sistema, grupo y poder. Psicología Social desde Centroamérica (II)*. San Salvador, UCA.